



La gloria en un instante

Quizá estuvo allí; quizá tuvo la suerte o la desdicha de ser testigo del hecho, de la hazaña, de la tragedia. José bien pudo estar allí, en tierra de nadie, en ese lugar en el que Dios pone a los testigos privilegiados. O quizá no, quizá tan solo sintió una llamarada en su corazón al conocer y estudiar la historia y su imaginación puso el resto. El caso es que José y Enrique se vieron las caras. Se conocieron superando las barreras del tiempo y del espacio, y no cabe la menor duda de que se hicieron amigos, de esos amigos que no dejan pasar un minuto sin elogiarse, sin dedicarse palabras bonitas, repletas de sinceridad, para lo bueno y para lo malo.

José supo de él y viajó hasta sus más entrañables episodios vitales; le vio nacer, crecer, formar familia, ingresar en el ejército y morir por la patria. Enrique se dejó querer al tiempo que José le perpetuaba y sacaba de las penumbras del pasado, observando y escuchando, mientras se sentía renacer, mientras veía como su historia era explicada entre pinturas y lienzos, entre paletas y pinceles, con esa calma y serenidad que define al buen artista, reposadamente, mientras extraía uno a uno los elementos necesarios para su composición.

Nuestro José, es José Ferre-Clauzel, pintor, y nuestro Enrique, es Enrique Benavent Duart, sargento de Caballería. Ambos de profesión testigos, José dando testimonio de Enrique, Enrique mostrando su condición de mártir. Ambos se presentan para declarar en el juicio de la Historia. En julio de 1923 un regimiento de Caballería español editó un librito que lucía esta frase en su portada: *¡Que las cifras hablen!*, hoy nosotros les proponemos, emulándoles, decir a los cuatro vientos: *¡Que los pinceles hablen!*

La historia nos lleva al norte de África, al entonces protectorado español. Corrían los días del mes de julio del año 1921, y andábamos enfrentados a las tribus rebeldes del Rif. Buscando una solución que diese por terminado el conflicto se decidió dominar la bahía de Alhucemas por su gran valor estratégico. Esta maniobra militar corrió a cargo del general Silvestre, pero una serie de errores en la planificación de la operación por parte de este, dieron al traste con el objetivo y provocaron una de la mayores derrotas del ejército español en su historia. Este hecho ha sido conocido como el Desastre de Annual por la localidad en donde sobrevino la desgracia final.

Desde su puesto de mando en Annual, Silvestre fue testigo de la caída sucesiva de varias pequeñas posiciones españolas que la rodeaban y la historia no nos cuenta con detalle que fue lo que pudo pasar por la cabeza de este ilustre militar para no saber o no poder reaccionar a tiempo, quizá pudiera describirse con la frase *entrar en pánico*. El desastre no solo consistió en el aplastamiento de la posición de Annual, sino también en la persecución de la retirada de los supervivientes en su afán por alcanzar la población de Melilla en unos casos, o la frontera con los territorios de dominio francés en otros.

No vamos a entretenernos en este trabajo en los detalles minuciosos del episodio completo, no; vamos a buscar entre las ruinas, los gritos, las órdenes, las contraórdenes, el caos, a un personaje concreto, a un militar determinado, a un sargento de Caballería, un centauro legendario, en una acción también concreta y determinada.

El protectorado español en Marruecos es hijo del protectorado francés en el mismo territorio. En marzo de 1912 Francia firma con el sultán del territorio el Tratado de Fez, pero el 27 de noviembre de ese mismo año la nación gala cede a España la zona norte y alguna pequeña parte de la del sur, dejándonos a los españoles bailar con la más fea en la zona más levantisca y rebelde del país.

En 1920 el territorio bajo protección española se dividía en dos comandancias generales, la de Ceuta u occidental, y la de Melilla u oriental. Desde principios de año se hizo cargo de la zona

de Melilla el general Manuel Fernández Silvestre con el general de brigada Felipe Navarro de ayudante. Digamos que Fernández Silvestre tenía una acusada personalidad y al parecer una extremada tendencia al protagonismo, o que se sentía predestinado a desempeñar un importante papel en la pacificación de la zona, que era de lo que se trataba, y se le puso entre ceja y ceja la conquista de la bahía de Alhucemas por considerarla parte esencial para el resto de las operaciones. Tras un conjunto de acciones escalonadas el 15 de enero de 1921 se conquistó la importante población de Annual en donde quedaría establecido un importante campamento que serviría de base a futuras incursiones.

En el lado del enemigo, en las cabilas rifeñas, figuraba como caudillo o jefe militar Abd el-Krim, antiguo siervo de la administración española, periodista y abogado, con madera de líder que fue capaz de unir a las tan independientes tribus de la zona.

A pesar de los informes que le alertaban del peligro que tenía el avanzar por determinadas zonas, Silvestre se hizo con el monte Abarrán pero todo ufano apenas lo dejó protegido y prácticamente el día de la conquista fue tomado de nuevo por las harkas enemigas.

Abarrán fue la primera ficha de dominó en caer de una serie de golpes de fuerza con la que el enemigo nos fustigó enérgicamente durante todo el mes de junio de 1921. Llegado julio, el futuro de Annual era verdaderamente incierto, y las peticiones de refuerzo no daban fruto. Una de las últimas bazas con las que contó Fernández Silvestre para sacar adelante la situación fue recurrir al Regimiento de Caballería Alcántara 14 que en esos momentos estaba mandado por el teniente coronel Fernando Primo de Rivera, quien el día 20 de julio recibió la orden de reagrupar al Regimiento, cosa que hizo a primeras horas del día 21 en la población de Dar Drius. En Ben Tieb se les unió la columna del 5º escuadrón con lo que el regimiento estaba *casi* al completo.

El día 22 de julio se vivió una de las páginas más tristes de la historia militar de España al ser masacrados alrededor de 5000 españoles en la posición de Annual. El comandante general de Melilla fue una de las víctimas, escribiéndose sobre su final distintas conjeturas que no llevan a ningún lugar. El llamado *Desastre de Annual* tendría su correspondiente *expediente de investigación* que acabó siendo conocido por el apellido del general que lo incoó: Picasso.

Antes de la caída total de la población, ya en el día 23, se pudo organizar la salida de dos columnas que siguiendo diferentes caminos pretendían llegar a Melilla. Las cargas que contra el enemigo realizó el Regimiento Alcántara 14 fueron, dentro de la derrota, la exaltación del honor y de la entrega hasta el final, siendo especialmente reseñable la protección del paso del río Igan. Al final de ese día el Regimiento Alcántara prácticamente no existía.

Líneas atrás dijimos que en Ben Tieb se reunió casi al completo el Regimiento Alcántara al unírseles la columna del 5º escuadrón. Y este pequeño detalle nos da pie para engarzar la historia en un nuevo escenario, el marco en el que vamos a ver actuar al sargento Benavent.

La idea que existía por aquel entonces de ir dejando desperdigados distintos puntos de control con pequeños campamentos, por lo general en pequeñas lomas, no resultó, visto lo visto, lo más acertado posible. Las malas comunicaciones entre ellas empeoraban la situación y lo único que se lograba era que a Abd el-Krim se le hiciera la boca agua.

Una de estas poblaciones se instaló en lo que se llamaba el Zoco el-Telatza, que según algunos entendidos significa el *mercado de los martes*, posición más al sur y algo desviada de la ruta natural que lleva de Melilla a Annual. Este pequeño campamento estaba asignado, como toda la circunscripción que llevaba el mismo nombre, al Regimiento de Infantería África 68.

Como pueden ustedes sospechar esta zona no se libró de los ataques de la sublevación rifeña y como en el caso de Annual tuvo que ser evacuada, no hacia Melilla, que se veía como hazaña imposible, sino hacia la frontera con la zona francesa del protectorado, algo más al sur. Al igual que Silvestre contó con la ayuda del Regimiento Alcántara, también el mando del Regimiento África 68 contó con apoyo de esa unidad. Estamos hablando de esa pequeña parte del regimiento que nos hizo señalar anteriormente que no se encontraba al completo en Ben Tieb. Efectivamente, en aquel momento faltaba una sección, unos 30 hombres a caballo al mando de un sargento, el sargento Enrique Benavent Duart.

A este militar nacido en Onteniente, casado y en espera de su primer hijo, le tocó representar a su regimiento en una escena similar pero a menor escala a la vivida por el contingente que se replegó de Annual. Digamos que fue el *Desastrito* del Zoco el-Telatza, si me permiten ese diminutivo para nada ofensivo ni vejatorio en mi intención.

Al sargento Benavent le toco proteger el repliegue hacia las posiciones francesas, pero a lo largo de todo el camino los ataques de las mesnadas de Abd el-Krim no dejaron de hostigar y mermar, poco a poco, a las fuerzas españolas. Próxima ya la frontera, próximos ya los franceses, que tampoco hicieron mucho para auxiliar a una unidad militar en retirada, salvo algún que otro disparo desde lejos y bien parapetados, cerca ya de la salvación, en una posición llamada el *Cuadrilátero* por formar esa figura geométrica un terreno llano entre cuatro pequeñas elevaciones, entregó su vida nuestro protagonista, sobre su caballo, espada-sable en mano, con cazoleta de acero, gesto fiero, clavando espuelas, disminuyendo la silueta, cabeza con cabeza con su fiel montura. En primera línea, al frente de su sección Enrique, que así le hemos llamado al principio, dio la cara para que sus compañeros alcanzasen la posición francesa.

Fue ahí, en ese instante, cuando se encontró con José, que andaba barruntando en su estudio de Amposta, echando a volar su imaginación entre nubes de colores y cielos blanquecinos. Fue un instante o quizás dos, un segundo en el que únicamente le dio tiempo a José a preguntar *dónde vas Enrique*, y un nuevo segundo en el que le escucho decir *¡a cerrar, con Santiago, este terrible lance!*

Luego, de nuevo en Amposta, José tardó un tiempo en averiguar, sin conseguirlo del todo, qué era lo que verdaderamente había vivido. Estaba sentado, rodeado de libros de historia militar de España, con cara de náufrago que se fuma un pitillo y otro, y otro, y otro, ensimismado por las historias recién aprendidas.

Batallas, muertos, héroes, condecoraciones, hojas de servicio, juicios contradictorios, Expediente Picasso (al parecer tío del famoso Pablo Ruiz Picasso, pinto como yo, se decía); España, siempre España, paisaje (su primera afición) y paisanaje (su inevitable continuación, como buen pintor).

Le vino a la cabeza el rostro de Enrique, le vistió con el uniforme de la Caballería de su época, con su gorro chambergo (hay quien dice que debería haberle pintado con el gorro de queso, que aparecen en muchas fotografías también); sus galones de sargento, plateados como correspondían al color de los botones de ese regimiento, sus botas de montar, sus pies, apoyados en los estribos, su correa, y ese gesto de fiereza y decisión, ese empujón hacia la nada o... hacia la eternidad.

Enrique monta caballo blanco, como Santiago; le sigue a muy corta distancia un compañero, de tal guisa que casi se confunden en una sola composición; no soy yo quién para juzgar el conjunto, el pintor, como el escritor, es dueño de su forma, y de su estilo. Más al fondo se

distinguen las siluetas del resto de la sección; ya dijimos, entre 30 o 33 valerosos jinetes dispuestos, como su sargento a entregar la vida en el cumplimiento de la misión.

El expediente Picasso, con su afán de hacer luz sobre las sombras de lo acontecido, quizá no ayudó mucho al empeño de premiar y condecorar con justicia a estos simpar centauros. Tuvieron que pasar los años, muchos años, para que se les concediese la Cruz Laureada de San Fernando, al Regimiento Alcántara al completo, no hay que olvidarlo, a los que se batieron en el río Igan y a los que cayeron en el Cuadrilátero, púgiles de la Patria.

José terminó el cuadro, y sintió que desde el cielo, Enrique le apercibía, ¡no te olvides de retratar bien a mi caballo!, y vive Dios que lo ha conseguido.

Enhorabuena José Ferre-Clauzel, pintor de batallas como el que más, por esta entrañable escena en la que hiciste protagonista a un sargento legendario: Enrique Benavent Duart.

Y gracias por tu ayuda y compartir conmigo tus conocimientos.

Guadarrama, a 5 de octubre de 2027

Javier de Zavala Fernández.

Socio de AMESETE.



Fotografía del sargento Benavent Duart recogida en el *Memorial de homenajes a los suboficiales por las unidades del Ejército*, editado por AMESETE en 2022.



En el mismo documento citado anteriormente también se incluye esta fotografía dedicada al sargento Benavent en el acuartelamiento “Fernando Primo de Rivera” de Melilla.



Vista general del campamento del Zoco Telatza

(Crónica de la Guerra de Marruecos de Augusto Riera, Editor: J. Sanxo. Barcelona, 1921-1922; página 66)



Un puñado de valientes del Regimiento de Alcántara.

(Crónica de la Guerra de Marruecos de Augusto Riera, Editor: J. Sanxo. Barcelona, 1921-1922; página 42)

Jorge Garrido Laguna¹, a quien agradezco profundamente la ayuda prestada para confeccionar este humilde artículo, coloca en esta misma fotografía el siguiente pie: *"En la fotografía superior: La primera sección del quinto escuadrón del recientemente laureado en 2012 Regimiento de Caballería Alcántara número 14, sección destacada en el campamento de Zoco el-Telatza el 25 de julio de 1921, al mando del sargento D. Enrique Benavent Duart (en la foto, tomada en unas maniobras, el mando lo ostenta un oficial y no el sargento). Esta unidad tuvo un comportamiento muy destacado en la retirada de la columna, protegiendo la retaguardia con sucesivas y osadas cargas de Caballería, que diezmaron sus filas (incluido el sargento Benavent, que pereció en los combates, y destacando también la conducta del alférez veterinario, D. José Montero, que sobrevivió después de recorrer a pie el trayecto de la retirada), emulando así la gesta realizada por sus compañeros de regimiento en el cauce del río Igan y escribiendo uno de los más gloriosos y épicos hechos de armas de la Caballería Española en toda su historia."*

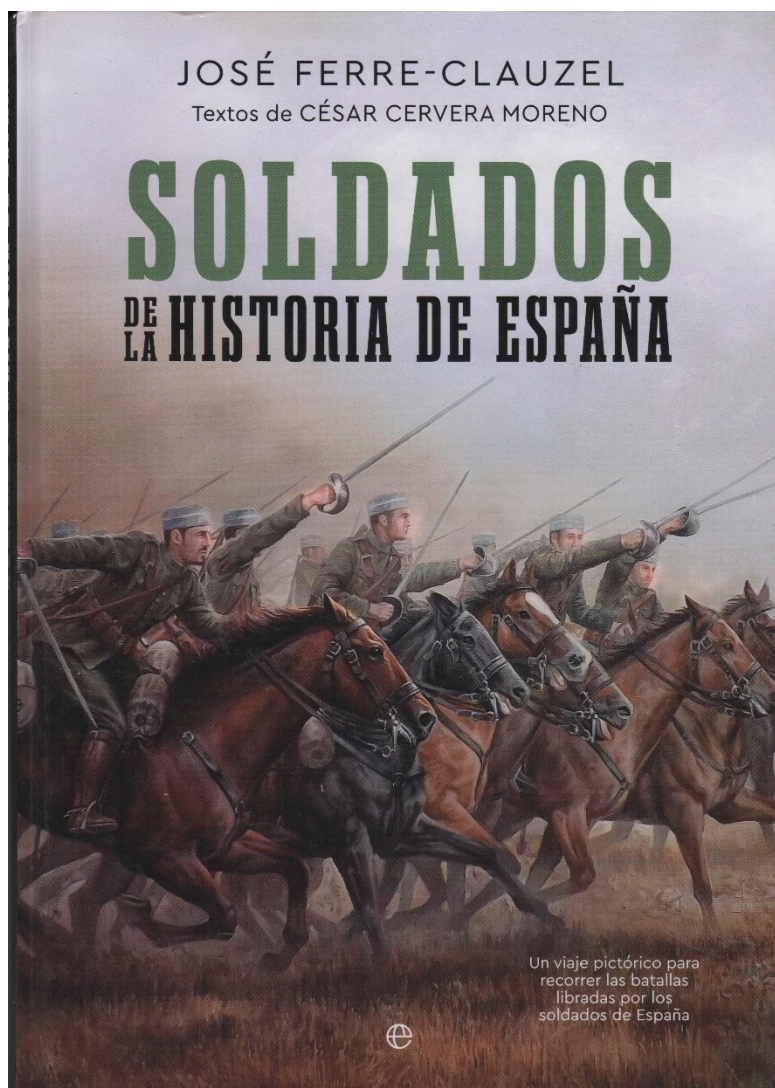
Según me contó Jorge Garrido cabe la posibilidad de que, el hombre que figura en primera línea a la derecha de la imagen y que muestra unos más que posibles galones de sargento, fuera nuestro hombre, el sargento Enrique Benavent Duart, pero no encuentro en sus páginas apoyo documental firme que apoye esa conclusión.

Como se puede observar la tropa de la sección lleva el gorro redondo o tipo queso.

¹ Blog [CAPITÁN FRANCISCO ASENSI](#)



Gorrillo cuartelero redondo o tipo *queso*, convivió con el gorro llamado “americano” o chambergo que comenzó a utilizar la Legión



Soldados de la Historia de España. José Ferre-Clauzel. Textos de César Cervera Moreno. La esfera de los libros, Madrid, 2022